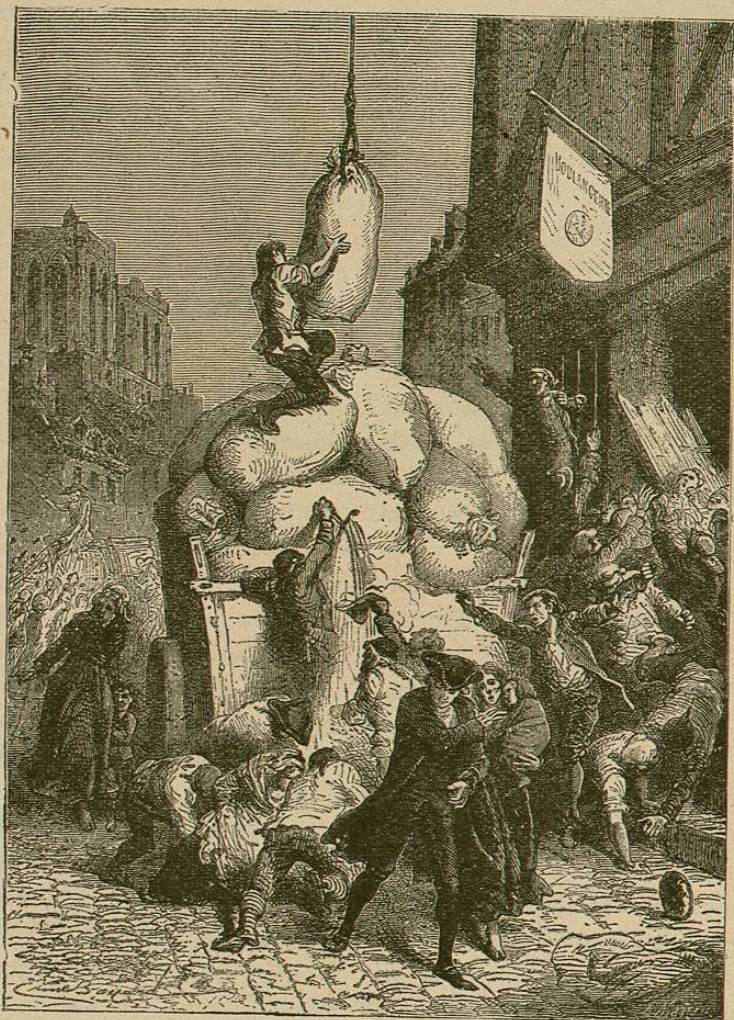


ciero que esto implicaba, y Luis no sólo se apresuró á decretar de conformidad con lo dicho por Turgot, sino que movido por éste á la resistencia para hacer respetar la ley y la propiedad, se lanzaron muchos autos de captura, y dos infelices ni más ni menos culpables que los centenares de hombres del pueblo que habían pedido el pan barato, fueron ahorcados en París para satisfacer la vindicta pública.



La guerra de las harinas

to y el pueblo. A su lado estaba Voltaire que le comprometía con sus entusiastas lucubraciones, pues para el anciano filósofo que menospreciaba los detalles, veía en Turgot el hombre de la idea, y aplaudía su nuevo pensar que era el del porvenir, anunciando como obra suya «el advenimiento de una nueva era.»

Un nouveau monde est près d'eclorre.  
Quels dieux repandent ces bienfaits?  
C'est un seul homme! —Et le vulgaire  
Meconnait les biens qu'il a faits!

Íbase pues, Turgot, comprometiendo con el pueblo á pesar de sostener siempre los buenos principios y las buenas causas. Habían comprendido sus enemigos que Turgot no tenía lo que hoy se llama trastienda política, y que bastaba comprometerle en una cuestión de principios para que se aferrara á ella sin atender á las consecuencias ó á las exigencias políticas. Turgot tenía ya en frente el Parlamen-

to y el pueblo. A su lado estaba Voltaire que le comprometía con sus entusiastas lucubraciones, pues para el anciano filósofo que menospreciaba los detalles, veía en Turgot el hombre de la idea, y aplaudía su nuevo pensar que era el del porvenir, anunciando como obra suya «el advenimiento de una nueva era.»

Pero estas apologías imprudentes revelando á la corte no un plan incierto, sino una evolución de que tampoco quería, amenazaban con quitarle á Turgot el apoyo del rey á quien se quería asustar descubriéndole las tendencias reformistas de su ministro. Así Turgot suplicó á Voltaire que no se ocupase de él y que no le elogiase. Con Voltaire estaban también otros ilustres pensadores no menos liberales é ilustrados que también se descubrieron en estos días de peligro al querer sostener la popularidad del filósofo que este nombre daban en la corte á Tur-

got, quebrantado ya por los tristes acontecimientos de la guerra de las harinas.

Aun cuando se había anunciado en los bandos y edictos que se trabajaba en el descubrimiento de los autores ó fautores de la guerra de las harinas, y que Turgot señalaba como principal agente de ella al príncipe de Conti y á otros ministros del Parlamento, llegándose hasta á sospechar del ministro Sartine, nada se hizo, y todo quedó en el misterio, pero el Parlamento no quiso seguir á sus revoltosos miembros, así cuando intentó oponerse á la justicia sumaria del rey, éste le reconvino agriamente, y el

Parlamento se conformó dejando que Conti protestara por la forma para cubrir su responsabilidad en la tramoya. Una amnistía de la que sólo quedaban excluidos unos jefes que nadie conoció, ó que el rey no quiso que se conocieran, como dice Droz, restableció el orden y la calma, volviendo á su casa los campesinos que temerosos de las ejecuciones sumarias habían corrido á esconderse en los bosques.

Terminados los sucesos de Mayo con tan poca gloria para todos, un nuevo complot se urdió para comprometer otra vez á Turgot, de quien estaba ya receloso en extremo el partido reaccionario. En



TAYLLERAND, obispo de Autun

Julio debía celebrarse la ceremonia de la consagración del rey, y aunque la tradición estaba en favor de los que pedían que la ceremonia se verificase en Reims. Turgot pedía que fuera en París, pues este cambio implicaba una economía de ocho millones. Turgot fué vencido. Pero no fué esto lo más grave. Turgot pidió que se modificara la bárbara forma del juramento que debía prestar el rey, y si en esto se consintió, fué en suprimir aquella parte que tenía de democrática y de popular, esto es, llamamiento que se hacía al pueblo preguntándole si quería al nuevo rey, pero se mantuvo el juramento que debía prestar el rey de exterminar á los herejes y de mantener la pena capital contra los duelistas, y Luis XVI juró entrambas cosas siendo Turgot ministro. ¿Qué era, pues, de la filosofía de éste?

Turgot que comprendía que contra él se tiraba, resolvió salvar su responsabilidad, así, de regreso á París de la ceremonia de la consagración, dirigió una noble y levantada Memoria al rey, en la que le decía, en frente de la Iglesia que no estaba obligado á mantener compromisos criminales, y que la razón

de Estado, los verdaderos principios religiosos, y el derecho natural de consuno pedían que decretara la libertad de cultos.

Presentó Turgot esta Memoria, precisamente durante la reunión de la asamblea del clero, que duró de Julio á Setiembre de 1775, que cerró sus sesiones pidiendo al rey «que continuara la obra de sus antecesores, de Luis XIV y de Luis XV, que disolviera las asambleas de los protestantes, toleradas por una funesta complacencia; que se les excluyera de todas las funciones públicas, se prohibiera sus matrimonios y se les quitaran sus hijos «que ellos arrebatan á los ministros de nuestra santa religión.» Esto era la respuesta que daba el clero á la Memoria de Turgot; y por si esto no bastara, condenó antes de separarse un buen número de obras filosóficas, declarando neciamente «que el ateísmo se había convertido en la opinión dominante,» pero esta misma asamblea de fanáticos y de intolerantes, negó su autorización para que se celebrase la fiesta del Sagrado corazón de Jesús, invención de los jesuitas que habían de tardar un siglo en hacer triun-



far, bien que por un solo día, gracias á la «asamblea de un día de desgracia.»

La comisión encargada de presentar al rey las peticiones de la asamblea del clero, se componía del arzobispo de Vienne, hermano del poeta Le-franc de Pompignan, del arzobispo de Tolosa Lomenie de Brienne, el protegido de María Antonieta y del abate Talleyrad Perigord, que no murió ni abate, ni obispo, ni hombre de iglesia.

Pero á la vez deliberaba el Tribunal de subsidios llamado *Cour des Aides* sobre las bebidas, que presidía el bueno y honrado Malesherbes, y sus resoluciones llegaban también al rey, expuestas en un lenguaje levantado y digno, impregnado de aquel espíritu nuevo que Voltaire casi desde la tumba veía ya florecer. El cuadro trazado por Malesherbes de la triste condición del contribuyente, en particular del contribuyente campesino es desastroso, y no se escapaba á las consecuencias del pillaje organizado por los encargados del cobro de las contribuciones todas arrendadas, sino por medio del contrabando que había tomado proporciones considerables hasta el punto, decía las *Cour des Aides*, de entregarse al contrabando provincias enteras. Así, pedía el tribunal que se pusiera orden para evitar el pillaje, que se reglamentara la cobranza de los impuestos, estableciendo reglas fijas é inmutables y que se procurara aligerar al pueblo del pago de muchos impuestos que se habían establecido como transitorios y que amenazaban ser definitivos. Lo que quería el tribunal, era que dejara el rey de ser fuente legislativa, porque resultaba fuente de confusión, y así venía Malesherbes en auxilio de los planes de Turgot, hablando no como un particular, sino como el representante de un tribunal soberano, y como un órgano de la nación, por esto acababa diciendo al rey: «que el voto unánime de la nación estaba por una pronta reunión de los Estados generales, ó por lo menos, de los Estados provinciales.»

Maurepas, que como hemos dicho, no se había propuesto gobernar sino tirar adelante, tuvo un fuerte disgusto al leer el Memorial de la *Cour des Aides* que no quería que se hiciera público en modo alguno, pero allí en Bruselas apareció impreso cuando menos se esperaba para honra de Malesherbes y de Turgot. Estos dos nombres principiaban á correr juntos, y pronto iban á ser inseparables.

Maurepas vióse obligado á alejar de su lado á su cuñado La Vrilliere que como ministro de la casa del rey, carecía de aquel prestigio moral que sólo podía asegurar su resistencia á actos dignos de cen-

suras, en lo que no pensó nunca La Vrilliere, pero no era tan fácil separar á su cuñado como darle un sucesor, pues, apoderarse de la casa del rey era apoderarse del rey mismo, y de esta presa María Antonieta intentó la obra, pero Maurepas, centinela vigilante del partido contrario, le salió al paso, y como á Luis le había fuertemente impresionado el memorial de la *Cour des Aides*. Maurepas creyó que no rechazaría á Malesherbes por ministro de su casa, seguro de encontrar en caso de resistencia un apoyo en Turgot. Maurepas no se equivocó y Malesherbes á instancias de Turgot, más que á instancias de Maurepas y del rey, consintió en ser ministro, cosa que repugnaba á su edad, á sus costumbres y á su hábito de vida.

Maurepas creyó con el nombramiento de Malesherbes ganar popularidad, en lo que no se equivocaba, pero creía poder contener los ímpetus reformistas del nuevo ministro, de la misma manera que había conseguido dejar para más adelante las reformas indicadas por la *Cour des Aides*, pero en esto se engañaba el hábil cortesano, pues, Turgot y Malesherbes unidos, y en un mismo gobierno, eran dos fuerzas que se sumaban, y si hasta aquí había tenido mucho que hacer para contrariar los proyectos de Turgot, ¿qué vida no le esperaba teniendo que luchar contra Turgot y Malesherbes juntos?

Recibía el inspector general de hacienda, precisamente, el refuerzo de un amigo en un gabinete en donde se hallaba solo, cuando de todas partes se atacaba su autoridad y su prestigio. Fácil es también que á Turgot se le hubiese hecho comprender, que en política no bastan las buenas intenciones, y que un ministro que prometa lo que no dé, así lo prometa explícita y terminantemente, como sólo por su propia significación ó antecedentes, es un hombre perdido para siempre. Turgot resolvió, pues, dar aún más de lo ofrecido, y emprendió una campaña económica, como nunca jamás pueda señalarse otra igual, pues no pasaba mes sin que quedarán reformados para siempre abusos irritantes y odiosos, de que eran víctimas el pueblo de los campos y los pequeños propietarios. Así su popularidad crecía á simple vista y su nombre era bendecido por todo el reino.

Malesherbes, por su parte, no se quedaba corto, y las reformas de este ministro eran todavía más significativas, pues nadie ignoraba que Malesherbes había corregido en secreto las pruebas del *Emilio*, de J. J. Rousseau, y era precisamente á este hombre á quien estaban encargadas las relaciones entre el clero y el rey, y la expedición de las terribles cartas

cerradas ó selladas, *lettres de cachet*, que casi siempre contenían una orden real de detención, prisión ó destierro, y contra las cuales tan alto acababa de hablar la *Cour des Aides*. Así elevando á la práctica sus ideas, apenas le quedó tiempo después de haber tomado posesión del ministerio para correr á las cárceles á poner en libertad á millares de individuos presos arbitrariamente, devolviendo á la sociedad y á la vida centenares de individuos que hubieran consumido su vida en la cárcel, por una falsa delación, ó por el capricho de un golilla ó la debilidad de un ministro. Pero ya en esta obra tuvo Malesherbes que pararse más de una vez: toda su magia se estrelló contra las resistencias del despotismo cuando quiso poner en libertad al infortunado Le Prévôt de Beaumont que había denunciado el Pacto del hambre.

Ni Turgot ni Malesherbes tenían, pues, las manos tan libres como hubiera sido de desear para hacer todo el bien que ellos deseaban hacer, y aún cuando estaba siempre de su lado el joven monarca, y aprobaba sus proyectos de ley y alentaba sus tendencias, los más trascendentales se quedaban en cartera, pues le era fácil á Maurepas, sostenido por las influencias que rodeaban al rey, convencer á éste de la inconveniencia de unas alteraciones que aplaudían los filósofos, y que por lo mismo, claramente, probaban cuán perjudiciales habían de ser para la realza. Así veíanse los dos amigos obligados á tomar por los caminos que les quedaban libres, y esta sumisión á las contra órdenes de Maurepas que afectaban no conocer, les mantenía en sus puestos ministeriales, desde donde combatían con la mayor rudeza todas las prestaciones feudales y todo el régimen feudal en masa.

Maurepas, como hemos dicho, beneficiaba grandemente de la actividad y espíritu liberal de sus dos colegas, y se hacía ya el hombre indispensable, pues á cada reforma acudía el primer ministro al teatro de la Opera, en donde era acogido con salvas de aplausos, de que también participaba el rey. A Turgot y Malesherbes les bastaban los aplausos de su conciencia, de los sabios y de la gente de bien. No eran cortesanos, no eran intrigantes, vivían retirados en sus gabinetes, consagrados á sus proliferos trabajos, siempre temiendo que su edad no les dejara todo el tiempo necesario para hacer el bien, que sin embargo, fué tan cruel con Malesherbes, que le dió ocasión para morir como tantos grandes hombres, por la patria y la libertad en el patíbulo, agregando á su martirio el martirio de ver caer antes la cabeza de su hija y la del esposo de ésta, hermano del célebre Chateaubriand.

Una circunstancia imprevista vino á favorecer aún más los propósitos reformistas de los dos ministros. Acababa de fallecer el ministro de la Guerra y Maurepas se encontraba en situación análoga á la que había dado entrada á Malesherbes. Como de éste y de Turgot no tenía quejas, porque eran sobrado dóciles para ceder ante una negativa ó una resistencia pasiva, y por sus trabajos ganaba no poca gloria, pidió á éstos un ministro de la Guerra, y Turgot, que siempre había demostrado afición á las reformas militares, tanto, que el mariscal du Mui, que era el ministro que acababa de fallecer, había creado según sus indicaciones treinta regimientos provinciales por medio de la quinta, que daban 66.000 ó 67.000 hombres, indicó á un general que se había distinguido en la guerra de los Siete años, al conde de Saint-Germain, hombre entrado también en años y que vivía retirado en un pueblo de Alsacia, en donde pasaba el tiempo como otro Cincinato cultivando su huerto, y escribiendo memorias sobre reformas militares que habían llegado hasta Turgot llamando su atención.

Lo raro y lo imprevisto de esta designación cautivó á Maurepas que entendía le iba á hacer célebre, pues indicaba que tenía la atención fija en los hombres de valer del reino, por humildes y retirados que vivieran en el fondo de las provincias, y como ya de ellas había sacado á Turgot, no creía que pudiera irle mal con Saint-Germain. El rey fué de su modo de pensar, y Turgot y Malesherbes creyeron que iban á tener un colaborador más á su lado, y precisamente en el departamento que más necesitaba un hombre enérgico é independiente para acabar con la explotación de los grados y de los altos empleos militares por parte del rey y de la nobleza.

Saint-Germain valía tanto, quizás, como sus colegas reformistas, pero era aún más débil de carácter que éstos, así cedía con facilidad á las resistencias que los privilegiados le oponían al apuntar sus reformas. Quiso organizar en masa el ejército activo, pues tenía un plan para ello madurado, pero esto era demasiado para Maurepas que, apoyado por el partido reaccionario, creía necesario no tocar las grandes líneas del antiguo orden de cosas, así no dejaba pasar sino las reformas de detalle y parciales que muchas veces no dejaban de ser trascendentales. Una de estas, empero, fué desgraciada, la introducción de los castigos corporales para mantener la disciplina en el ejército, conforme estaba en uso en Alemania é Inglaterra. Esta innovación fué muy mal recibida en el ejército, y los enemigos de Tur-



got no perdieron la ocasión de acusar á éste, suponiendo á Saint-Germain una de sus hechuras. De esta suerte se le creaban al ministro de Hacienda grandes enemistades en todas partes. Pero Turgot, que estaba alerta, resolvió acabar de una vez con tantas intrigas, y con tanta mala voluntad, dando

un gran golpe, esto es, decretando la libertad del trabajo, suprimiendo las cofradías y los gremios que tanto daño le habían hecho, y emancipando al campesino de las prestaciones personales que llegaban hasta el punto de arrancarle de sus campos cinco días de los siete que cuenta la semana.

Mons. Le comte de Saxe vous fait cette lettre  
pour vous dire de recevoir dans mon Château de la Bastille  
Mons. le Marquis de la Roche  
et de l'y recevoir jusqu'à nouvel ordre  
de ma part. Sur ce je prie Dieu qu'il vous ait  
Mons. de Saxe  
Ecrit à Versailles le 20. Juin. 1765.

Philippeaux & Co.  
Louis

Facsimil de una *lettre de cachet*. Mandamiento de prisión

Esta vez el Parlamento tuvo que mostrarse tal cual era á los ojos de Francia, y ya no pudo representar al partido liberal que no podía estar sino allí en donde se encontraba Turgot.

Ni una sola voz se elevó en el Parlamento á sostener las grandes reformas político-económicas, que con tanto empeño reclamaba Turgot en bien de la paz pública y de la monarquía, pero fuera del Parlamento, una voz que la Francia se había acostumbrado á escuchar en todas las grandes cuestiones en lo que va de siglo, se elevó para apoyar al ministro. Esta voz era la de Voltaire, que desde Ferney publicaba folleto tras folleto, ora anónimos, ora con

su firma, en defensa de los derechos del pueblo y de la humanidad. El Parlamento condenaba unos tras otros sus escritos, que tan grande eco tenían en Francia, después de oír las insensatas declamaciones del joven de Epresmesnil, á quien esperaba una dudosa celebridad, y del abogado general Leguier que trataba los escritos de Voltaire sobre las prestaciones personales de «escritos fútiles, más dignos del desprecio que de la censura.»

Los edictos fueron enviados al Parlamento, y éste se negó en redondo á admitirlos, previo dictamen de una comisión que tomó á su cargo el examinarlos, y de la que quiso formar parte el príncipe de

Conti. Pero aún avanzó más en su oposición el Parlamento, creyendo poner en grave conflicto al mismo Turgot; pues habiendo ordenado éste á Boncerf que publicara un folleto intitulado *Inconvenientes de los derechos feudales*, el Parlamento, á pesar de la moderación con que estaba escrito, y después de un discurso del abogado general, en el que declaraba que «los derechos feudales eran inherentes á la propiedad» y que «era necesario descubrir á los que se ocultaban detrás del velo del misterio,» para «sem-

brar ideas capaces de destruir la propiedad de todos los ciudadanos, procurando quebrantar los fundamentos del Estado,» condenó al fuego el folleto de Boncerf, ordenó que se formase á éste proceso, y que se pidiera al rey que impidiera la publicación de nuevos escritos económicos que amenazaban acabar con la sociedad.

Luís XVI se opuso rotundamente á las pretensiones del Parlamento, y se dejó en paz á Boncerf, viendo que Turgot no salía á ocupar su puesto, pero



D'EPRESMESNIL

el Parlamento persistió en su negativa y un nuevo conflicto entre el rey y el Parlamento amenazaba otra vez la existencia de éste. Luís, resuelto á vencer su oposición, mandó que se reuniera en Versalles el día 12 de Marzo de 1776, y es de este «lecho de justicia» del que Voltaire dijo que había sido «un lecho de beneficencia.» El Parlamento insistió, expuso sus quejas, el rey insistió también, y como el pueblo no estaba esta vez detrás del Parlamento, sino enfrente, el Parlamento sufrió que de oficio ó por orden se inscribieran los edictos de Turgot que el abogado general presentaba como debiendo producir un levantamiento popular, y no se equivocaba, sólo que este levantamiento ocurría en favor de los edictos que el pueblo recibió con cantos de alegría y con explosiones de entusiasmo monárquico.

La alegría del pueblo daba pavor á la corte. Comprendía ésta que para tenerle de buen humor iba á ser necesario darle todos los días algo nuevo para

que la mantuviera, y comprendían que Turgot estaba determinado á darles todas las novedades, porque con el ministro de Hacienda no eran fáciles las composiciones, ni las resistencias que habían paralizado la acción de Saint-Germain y de Malesherbes. Era, pues, necesario atacar resueltamente á Turgot, y como para esto eran pocas todas las fuerzas de la corte reaccionaria de Luís XVI, se pidió auxilio á la corte jovial y bullidora de la reina, á la cual se hizo comprender la inconveniencia de mantener en su puesto á un ministro que hacía revocar al mismo rey la orden que poco antes había éste dado para que se pagasen por el Tesoro 500.000 libras que acababa de regalar á su mujer. Turgot hubo de comprender muy pronto esta concentración de fuerzas enemigas en la actitud que tomó desde luégo Maurepas, que le recordó que no debía despachar con el rey sino por su mediación, pero Turgot, resuelto á caer en su puesto de honor, tuviera ó no